

 Seix Barral

Martha Batalha

Un castillo en Ipanema





Seix Barral Biblioteca Formentor

Martha Batalha

Un castillo en Ipanema

Traducción del portugués por
Rosa Martínez-Alfaro

Título original: *Nunca houve um castelo*

© Martha Batalha, 2018

Publicado de acuerdo con Martha Batalha y su agente, Villas Boas & Moss Literary Agency, y su coagente, The Ella Sher Literary Agency

© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-322-4088-1

Depósito legal: B. 8.963-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

A las tres y veinte de la tarde del sábado 7 de enero de 1968, con viento del noroeste, cielo parcialmente nublado y temperatura en descenso, ajena al fuerte olor a bistec rehogado con mantequilla y la voz al unísono de los muchos Silvio Santos en las televisiones de los apartamentos vecinos, Estela mancha de lágrimas y rímel la funda bordada de la almohada nueva. El pelo largo le cubre el rostro, sus uñas rojas sostienen un pañuelo de lino. Los pies le cuelgan fuera del colchón, hasta que por fin se libra de los tacones y se hace un ovillo, encogiendo las rodillas hasta la barbilla. Estela no piensa, solo repite «Por qué, Dios mío, por qué» intentando encontrar en el caos de su tristeza la razón de tanto disgusto.

Después se queda dormida. Cuando se despierte aquel día, igual que las semanas, meses y años siguientes, siempre que intente buscar una

respuesta a la misma dolorosa pregunta de aquella tarde, jamás hallará contestación.

Pero la respuesta existe, aunque no haya solo una. Tiene tantos orígenes, y tan lejanos, que incluso raya la fábula. Uno de ellos es este: nada habría sucedido si Johan no hubiese conocido a Brigitta, y si Brigitta no hubiese sido tan peculiar. Si no hubiesen decidido cambiar de continente y mandar construir allí un castillo. Si tres niños rubios hubiesen tenido una infancia como la de sus padres y abuelos, en vez de nacer extranjeros en un país de piel curtida.

Setenta años antes de las lágrimas de Estela, Johan recorría las calles de Estocolmo observando rayas de pelo impecables y coronillas con sombrero. Se acurrucaba mal que bien en el asiento del tren, solo podía dormir con las piernas encogidas y tocaba con pies y manos las paredes de su habitación cuando se desperezaba. Había dejado de ir al teatro. La última vez que asistió a una función alguien le gritó: «¡Agáchese!»; Johan se hundió en el asiento, pero en la sala retumbó un nuevo grito: «¡Le he dicho que se agache!». Tenía veintidós años y seguía creciendo, los pantalones hechos a medida en verano le llegaban por encima de los tobillos en otoño. Hasta su padre, campeón de salto de altura y dueño de una cicatriz en la frente por haber tropezado corriendo contra el batiente de una puerta, tenía

que echar la nuca hacia atrás para hablar con su hijo.

Tampoco se adaptaba al trabajo en el consulado. Tenía que contraer el cuerpo en forma de caparazón de tortuga y comprimir las piernas por debajo de la mesa. Johan rellenaba formularios que siempre le parecían los mismos, recibía un salario y se sentía remunerado por sufrir.

—Tan joven y tan triste —se lamentaba doña Heidi cuando su hijo llegaba del trabajo y se abandonaba en el sofá, enfrente del reloj de cuco.

Si tuviese cincuenta años, lo entendería: en la familia Jansson abundaban los hombres que renunciaban a la vida antes de que la vida desistiera de ellos. La melancolía llegaba con la mediana edad y aquellos hombretones anulaban sus partidas de petanca para entregarse al sofá, y de ahí, a la tumba. Pero su hijo todavía estaba en fase de crecimiento, no era momento de comportarse así.

—Tienes que divertirte, hijo mío —le decía doña Heidi con tal desespero que aplicaba el consejo en cualquier situación—. Ve a comprar el pan, a lustrarte los zapatos, a pasear por la plaza. Tienes que divertirte.

Johan la escuchaba sin levantar la vista de la sopa. Hacía una bola perfecta con el pan, rehusaba el postre y se encerraba en su habitación.

Y así siempre, hasta una noche de diciembre. Habría querido cenar en silencio, pero la cara de

suplicio de su madre le incomodaba tanto que no tuvo más remedio que darle conversación.

—Christian va a dar una fiesta de Año Nuevo —dijo.

Entonces la mesa tembló, la sopa rebosó y el cuello estirado de doña Heidi asomó a su lado.

—¡Por fin te vas a divertir!

—Pero es que apenas conozco a ese tal Christian, no sé por qué me ha invitado. Creo que no voy a ir, seguro que no voy a ir.

—¿Los pantalones que te hice el mes pasado todavía te van bien? ¿Te aprietan los zapatos? ¿Y esa mancha en la solapa? Quítate la camisa que te la lave.

Doña Heidi mojó la punta de la servilleta en el agua del vaso y frotó la solapa de Johan. «Estará como nueva para la fiesta», se dijo. Hacía años que no se acercaba tanto a su hijo, y este pudo ver los detalles de su risa contenida, las canas en las sienes y los ojos repletos de lágrimas, que esta vez se le escaparían por alivio, en vez de por tristeza.

—Los pantalones y los zapatos me sirven, no te preocupes.

Dos semanas después, la noche del 31 de diciembre de 1899, Johan llegaba al domicilio de la fiesta cimbrado por el frío y por la timidez. Un mayordomo le tendió los brazos para cogerle el abrigo, Johan le dio las gracias. Entró en el salón y su cuerpo se desentumeció al calor de las parejas bailando y los grupos de gente charlando por las esquinas.

—¿Champán, señor? —le preguntó un camarero.

Johan deambuló por el salón hasta que vio el árbol de Navidad. Se posicionó detrás de las ramas y fue alternando estornudos con tragos de champán. Al cabo de quince minutos, todo le parecía perfecto. El sitio que había encontrado en la fiesta, el picor en la punta de la nariz, la simbiosis entre las luces del salón, los acordes de la orquesta y los perfumes de las muchachas. Reclinó la cabeza contra la pared con la firme intención de no moverse de allí, hasta que alguien le tocó la pierna.

Brigitta. Setenta kilos de mujer distribuidos en un metro y medio, rematados por una melena rubia y ondulada en forma de trapecio: a Brigitta le habían recomendado que no se recogiese el pelo para la ocasión. Ella dijo algo y Johan le respondió: «¿Qué?». Brigitta repitió la frase y Johan le contestó: «¿Cómo?». Brigitta abocinó las manos alrededor de la boca y gritó:

—Me han dicho que tenemos que bailar la siguiente canción.

Johan respondió que no sabía bailar. Brigitta lo ignoró. Él consideró negarse abocinando también las manos, pero el brazo derecho de Brigitta ya tiraba de él hacia el centro del salón.

Lo que pasó a continuación se grabó en la memoria de los asistentes de maneras diferentes y, después, también se olvidó de formas diversas. Los místicos afirmaban que Johan se encogía y que

Brigitta aumentaba a medida que se acercaban a la pista. Los románticos decían tener la misma impresión, pero con la mano en el corazón y echando la cabeza a un lado. Los borrachos veían bailar a una pareja con una perfección que solo los borrachos son capaces de asimilar. Los escépticos no notaron nada, pero por pocos segundos, pues enseguida fue imposible dejar de acompañar los pasos de danza de aquella pareja improbable. Él, todo hecho de huesos; ella, toda de carnes. Él, de pelo impecable; ella, de melena rebelde. Él, rozando la lámpara de araña con la cabeza; ella, a la altura de la cintura de la gente. Y, sin embargo, no eran tan diferentes, «Mirad cómo la mano de él encaja perfectamente en la cintura de ella; mirad cómo la mano de ella se posa en el hombro tan alto de él», pensaban los místicos, los románticos, los borrachos y los escépticos. Johan y Brigitta bailaron el vals con las miradas encontradas en línea horizontal. Dieron las doce, brindaron por el año 1900 y por todos los años que vendrían y que, ya sabían, pasarían juntos.

La pasión de Johan y la convicción de Brigitta eran tan fuertes que los preparativos de la boda no se hicieron esperar. Alquilaron la primera casa disponible en Östermalmstorg, compraron los anillos en la joyería más cercana, encontraron un hueco en la agenda apretada del pastor. Adquirieron muebles de ocasión y Johan pidió a su madre que le dejara llevarse el reloj de cuco. Era tan viejo

que nadie sabía con seguridad cuándo había llegado a la familia: el abuelo del abuelo siempre decía que había pertenecido a su abuelo. Johan se guiaba por sus tañidos y no se imaginaba la vida sin ellos. Brigitta preparó el ajuar en una semana. Eligió un vestido cualquiera, compró un ramo de flores en el mercado e invitó a sus pocos amigos. Todo ocurrió tan rápido que solo en la noche de bodas fue cuando Johan descubrió que nunca más estarían solos.

Salió del cuarto de baño con el bigote repeinado y la boca oliendo a menta. Brigitta estaba sentada en la cabecera de la cama, con las manos en el regazo y el cuerpo recostado en unos almohadones.

—Me han dicho que te tienes que acostar con los tirantes —dijo ella.

—¿Cómo?

—Con los tirantes. Me han dicho que no te quites los tirantes.

Johan no la entendía. ¿Quién se lo había dicho y por qué con tirantes? Miró a su esposa recostada en la cama, sus trenzas gruesas, su camisón blanco, sus magníficos ojos azules. Se concentró en ellos y le parecieron menos magníficos y más perturbados.

—No te atrevas a acercarte a mí sin ponerte los tirantes, Johan. ¡Ni un paso más, ni un paso más!

Brigitta encogió la cabeza entre los hombros y echó los brazos hacia delante. Johan paró de

andar y le enseñó las palmas de las manos, como quien enseña que no está armado. Después buscó los tirantes y se subió los elásticos con cuidado. En la cama, Brigitta sofocaba los sollozos tapándose la cara, momento que Johan aprovechó para acercarse.

Al cabo de unos minutos, Brigitta fue capaz de expresarse. Entonces le habló de unas voces que la acompañaban desde niña: «Creo que hasta he aprendido a hablar con ellas». Las voces no eran tan malas como parecían, podían ser muy serviciales. Le ordenaban que saliese con paraguas a la calle en mañanas de cielo azul, y más de una vez Brigitta era la única que iba protegida si caía un chaparrón a mediodía. La avisaban de si había baches en el pavimento de las calles para que nunca se torciera el tobillo. Y les encantaba el arte, vivían suplicándole ir a museos.

Mientras hablaba, Brigitta jugueteaba con los tirantes. Tiraba de uno, tiraba del otro, miraba el elástico estirarse y regresar a su sitio. Tiraba y soltaba, oía el golpe seco en el pecho de Johan. Brigitta le regaló una sonrisa, él también sonrió. Las voces le habían dicho que Johan tenía que llevar los tirantes puestos, pero no dónde ni cómo. Los tirantes iban y venían y, a veces, le hacían un poco de daño. Iban y venían, y parecían estar hechos para eso. Iban y venían, y después se enmarañaban, y se enrollaban en las muñecas, las cinturas y los muslos, en los brazos, las rodillas y los hombros, y en

tantas otras partes y de tantas otras formas que no tuvieron más remedio que alargar la noche hasta las cinco de la mañana, empezar el día a las once, retomar la actividad hasta las ocho de la noche, y prolongarla de nuevo hasta las cinco para que los dos pudiesen comprobar las versatilidades escondidas en la simplicidad de unos tirantes.

Eran felices. Johan se levantaba cuando el cuco daba las siete. Se vestía, se tomaba un cuenco de copos de avena, daba un beso a su mujer y se iba a trabajar. Caminaba hasta el edificio del gobierno, donde se transformaba en el asesor adjunto de temas especiales del ministro de Exteriores.

Brigitta se acicalaba de acuerdo con las recomendaciones que las voces le hacían: a veces se recogía el pelo en una trenza, a veces en dos. Se ocupaba de la casa, visitaba museos, se tomaba un café. Se compraba un hojaldre y examinaba las hojas de masa formadas como si de una ecuación se tratara. Después exclamaba: «¡Me dijisteis que habría veinte capas y he contado veintitrés, así que he ganado yo!».

De noche se reencontraban para cenar. Hablaban de alguna anécdota del trabajo de Johan o de alguna escena que Brigitta hubiese presenciado en sus caminatas por el parque. El cuco daba las nueve y la conversación perdía toda importancia. La luz se debilitaba, la cama se reforzaba.

Y así fue hasta el inicio de la primavera, cuando, quizá celosas de su vida conyugal, las voces dejaron

de aconsejar a Brigitta y empezaron a imponerle sus caprichos. Johan llegaba a casa y veía a Brigitta caminando en círculos por la alfombra de la habitación con los pies descalzos y las manos hundidas en el pelo: «¡Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé! Fue Rembrandt quien pintó el cuadro del copista, sí, no me hagáis volver al museo para comprobarlo». Ya no podían hacer planes juntos: «Me han dicho que hoy no podemos salir a cenar». Era imposible discutir sus órdenes: «Me dicen que no te pongas el traje azul, que es malo para el estado de ánimo». Y las noches en blanco se multiplicaban: «Prometo contar todas las ovejas hasta que se acabe el rebaño».

Él se acercaba despacio y le acariciaba el pelo enredado:

—No pasa nada, amor mío. No hay por qué salir a cenar.

Entonces mandaba a la criada que calentara la sopa del día anterior y que recogiese de la cama los trozos del traje azul que su esposa había tijeado. Intentaba dar de cenar a Brigitta, aun sabiendo que mantendría la boca apretada: las voces le habían dicho que solo tomara sopa si estaba muy espesa. Después, la acompañaba al tocador y le hacía las trenzas. Se acostaban abrazados, Johan se quedaba dormido en la oveja número trescientos y se despertaba en la mil veinte, se volvía a dormir en la mil seiscientas, se despertaba en la oveja tres mil veinte, se dormía en la tres mil quinientas, se despertaba en la seis mil.

A la semana siguiente, Brigitta alargó el recuento de ovejas durante el día. El rebaño tenía ahora un millón de cabezas y, en cuanto llegaba a la última oveja, las voces le ordenaban que hiciera el recuento marcha atrás. Fue en ese momento cuando Johan decidió pedir ayuda. No pretendía internar a su mujer en un sanatorio: sería incapaz de ver a Brigitta prisionera de una camisa de fuerza, o deambulando por unas salas desangeladas revestidas de azulejos húmedos. Así que optó por medicinas alternativas. Escribió a un facultativo chino, a una curandera irlandesa y a un médico vienés. El facultativo chino fue descartado enseguida: el tratamiento que sugería requería el uso de agujas en el cuerpo, técnica que a Johan le pareció tan primitiva como cruel. La curandera irlandesa dijo que solo podría curar a Brigitta si consultaba con las voces para definir la línea de tratamiento. También fue descartada. El médico vienés respondió que sería un placer para él tratar a su esposa con sesiones diarias de terapia.

Si hubiese sido posible, Johan también habría renunciado al médico. El hombre mezclaba mitología griega con sueños y relaciones sexuales, y afirmaba que curaba a sus pacientes por medio de conversaciones. Pero Johan estaba desesperado y no tenía otra alternativa, por lo que hicieron las maletas, dejaron la casa de Estocolmo y se mudaron a Viena.

La primera semana transcurrió sin imprevistos. Johan se pasaba los días atendiendo la corres-

pondencia y leyendo periódicos, Brigitta se acicalaba e iba a las sesiones de terapia. Pero la segunda semana Brigitta se negó a ir. Se deshizo las trenzas, tiró sillas, cuadros y libros al suelo, arremetió contra un aparador macizo. Los transeúntes levantaban la vista hacia la ventana de donde procedían los gritos, los vecinos pensaron en intervenir. Brigitta derribó todo lo que tenía al alcance de las manos para, acto seguido, tumbarse sobre los destrozos, con los muslos ensangrentados en contacto con los añicos de los cristales. Johan se le acercó despacio, cada uno de sus pasos rechinaba por las esquirlas desprendidas. Se acuclilló junto a su esposa, que presionó la cara contra su pecho.

Le dijo que no podía más. Que las estatuas griegas del consultorio le susurraban todas a la vez, que cada una quería contarle cómo la habían esculpido hacía dos mil años. Si solo hubiera una o dos, no le importaría: «Las historias que cuentan las esculturas siempre son interesantes». Pero había diecinueve, además de los cuatro búfalos de las dos pinturas rupestres reproducidas en dos cuadros frente al diván. Johan miró a su esposa como si ella misma fuera una estatua viviente: «Tienes toda la razón, no deberían hablar todas a la vez, qué modales son esos». Acompañó a Brigitta a la cama y se acostó a su lado, estrechándola con sus largos brazos y piernas para protegerla de todo lo que no fuesen sus propios cuerpos. Y así permaneció junto a ella hasta que Brigitta empezó a respirar

hondo y el recuento de ovejas dio paso al sueño. Entonces se levantó con cuidado, fue al escritorio y se sentó a redactar una nota al doctor Freud, en la que se disculpaba por el final tan abrupto del tratamiento.

Pasaron el resto del verano en Viena paseando por los parques, comiendo en los cafés, yendo al teatro y comprando dos docenas de vasos para reponer los rotos durante la crisis de nervios.

Lejos de las voces de Suecia y de los susurros del consultorio del doctor vienés, Brigitta pudo, por fin, devolver a Johan una mirada tan lúcida como la suya. Los momentos de intimidad, que se habían vuelto escasos, «Las voces me dicen que solo podrás tocarme en noches de luna llena y sin neblina», se hicieron de nuevo cotidianos, entrecortados por la risa de Brigitta.

La última noche en Viena, Johan contempló a su mujer dormida, incapaz de dejar de fruncir el ceño. Sin duda los desvaríos regresarían con más fuerza nada más llegar a Estocolmo. Si pudiese, huiría con ella a un lugar lejano para desprenderse de todas las voces indeseables.

—Quieren conmemorar mi regreso con champán y una crema bávara —le informó Brigitta todavía en el tren.

A la semana siguiente, Johan anunció su dimisión. Tenía la intención de mudarse a la otra punta del mundo, le hizo saber al ministro, debido a los problemas de salud de su mujer.

—¿Y echar a perder tu carrera? —le preguntó el ministro.

Johan evocó el linaje de carpinteros de su familia y su inclinación por hacerse boticario, profesiones necesarias en Bogotá, Buenos Aires y Goa, pero lo interrumpieron los movimientos de negación de la cabeza del ministro:

—El puesto de cónsul en Brasil está vacante, ¿por qué no te mudas allí?

Johan miró la bola del mundo sobre la mesa. Puso el dedo en Estocolmo y lo deslizó lentamente hasta llegar a Brasil. Regresó con el índice a Europa, satisfecho por la abundancia del mar atravesado.

Tres meses después el matrimonio embarcaba hacia Río de Janeiro. Johan se despidió de sus padres con alegría, diciéndoles adiós desde la cubierta del barco, aliviado al ver que los edificios se iban haciendo pequeños. Brigitta lloró un poquito, dejaba atrás una vida entera. Después se enjugó las lágrimas y fue a contemplar el mar a proa. Tenía por delante una vida entera.

Llegaron al muelle Pharoux un martes de febrero a mediodía, con todos los extremos que supone un mediodía de febrero en Río de Janeiro. La temperatura era sofocante, no había una sola nube en el cielo y el sol parecía haberse olvidado del mundo para concentrarse en el puerto carioca.

—Aquí la gente no vive, está ahumada —concluyó Brigitta al sentir las primeras gotas de sudor formársele en los labios.

Su inmenso sombrero de fieltro no era suficiente para protegerle los ojos de los excesos de la nueva ciudad.

—Esta luz, este calor, no voy a poder soportarlo ni un minuto más —dijo Brigitta.

«Ni un minuto más», repetiría durante los años que siguieron.

El matrimonio pasó los primeros meses en una suite del Hotel de los Extranjeros, un edificio de tres pisos rodeado de higueras en la plaza de Cate-te. Las sábanas eran de lino, el chorro de agua de la ducha caía a presión y en el menú no había una sola palabra en la lengua que tenían que aprender. Un camarero les servía *gigot d'agneau* y *ris de veau*, y decía *oui*, los huéspedes del hotel los saludaban y les deseaban *bonjour*. Por las mañanas, después de un *croissant* y un *café au lait*, Johan iba a ocuparse de los asuntos del consulado, mientras Brigitta se quedaba en la habitación, abanicándose y observando la ciudad a través de las cortinas de cambray.

A las ocho y media, una señora con sombrero de plumas aparecía al otro lado de la plaza. Caminaba a paso rápido esquivando la suciedad de la calle, saludaba a los hombres con chaqué y a las mujeres con sombrillas. Entraba en el hotel y se presentaba en la recepción como Marie Antoniette, profesora de portugués. Subía a la habitación de Brigitta y allí se quitaba el sombrero: «*Comment allez-vous, madame?*». Después corregía con un

bom dia y hablaba sin parar durante hora y media, entre repeticiones de conjugaciones —«yo voy, tú vas, él va»— y curiosas declaraciones en portugués. Enseñaba a Brigitta los dibujos del libro y le decía «Ivo se ha comido once mangos», «El abuelo se ha caído de la escalera». Brigitta repetía, abriendo la boca de forma inédita. Los sonidos eran tan fáciles que se veía obligada a complicarlos cuando los repetía, acentuando más las erres en *cachorros* y *codornas* y haciendo trampas al pronunciar palabras como *pão* y *capitão*. Marie Antoniette elogiaba enormemente sus *pan* y sus *capitán*, pues ella misma era una tramposa aguerrida cuando en el mercado pedía un *melón* en vez de un *melão*.

Después de la clase, Brigitta volvía a la ventana. Se abanicaba, se deshacía las trenzas, se las volvía a hacer. Caminaba de la cama a la mesa y de la mesa a la cama, se cambiaba de vestido, se deshacía las trenzas, se las volvía a hacer. Hacia las once bajaba al salón de lectura y recorría con los dedos el lomo de los libros en francés u hojeaba periódicos brasileños, cuya combinación de letras le parecía graciosa. En voz baja repetía algún titular, consciente de que «*Brezil omentha exportazon duzucar*» no significaba nada. Pedía para comer un *confit de canard* o una *bouillabaisse* entre los *ouis* del camarero. Por la tarde regresaba a la ventana. El sol perdía la fuerza, la brisa movía las cortinas y entonces Brigitta pensaba que quizá fuera posible la vida en ese país. Se distraía con la efer-

vescencia de la calle y perdía la noción del tiempo, hasta que veía aparecer a un hombretón en la otra punta de la plaza. Caminaba a paso rápido esquivando la suciedad de la calle sin saludar a nadie. Veía a Brigitta asomada a la ventana y levantaba el brazo sonriendo; los transeúntes frenaban en seco y miraban para arriba sorprendidos hasta que el hombretón entraba agachado en el hotel.

Johan describía la ciudad a Brigitta. Le decía que era bonita y peligrosa, rica y muy pobre, moderna en algunos rincones y atrasada en el resto. Que los ladrones y las enfermedades brotaban en las esquinas, que había colinas gigantes que iban a parar al mar y que la selva delimitaba el final de los suburbios. Dentro de poco la llevaría a conocer los alrededores, pero, mientras tanto, debía quedarse en la habitación. En Río de Janeiro las mujeres no caminaban solas.

La reclusión no duró más de diez días. Una tarde en que Brigitta estaba harta de los «*eu vou*» y «*tu vais*», de los *coqs au vin* y de los *ouis*, de recorrer con los dedos los lomos de los libros y de los periódicos indescifrables, de rehacerse una y otra vez las trenzas y de dar vueltas por la habitación, se sentó delante de la ventana y, abanicándose intranquila, oyó unos susurros en el pecho. Eran las pocas voces que habían decidido aventurarse con ella en el trópico y que hasta ese momento habían permanecido calladas, indispuestas por el calor. Le exigían una salida inmediata. Brigitta eligió el ves-

tido menos caluroso, se caló el sombrero de ala ancha y salió del hotel.

El portero llegó a decirle «Señora, ¿adónde va?», pero Brigitta no lo habría escuchado ni aunque entendiera la lengua del país. Dio unos pasos, se resbaló en la acera empedrada, recuperó el equilibrio y siguió caminando por la plaza. Pasó por delante de la mujer turca que vendía cerillas, del hombre que vendía aves de corral, del lechero con vaca y becerro, del pescador con el cesto lleno de peces, del italiano con una bandeja de empanadas, del mulato con un muestrario de dulces. Descalzos, todos descalzos. ¿Cómo era posible si el zapato ya estaba inventado? Una calle más arriba había un negro tan negro que se quedó mirándolo un buen rato, jamás había visto a nadie con tanto color. Vio árabes, indios y chinos empujando carros de fruta, verduras, pescado seco. Señores exudando por debajo del chaleco, mujeres con el moño empapado en sudor, cocheros con las camisas rotas, hombres a caballo con sombreros de paja, callesas centenarias de los tiempos de don João. Niños harapientos jugando a la pelota, volando cometas, cantando, jugando al corro. En la esquina siguiente, un mulato vendía periódicos con una sonrisa de oreja a oreja. Brigitta le devolvió la sonrisa. Algo en él la incomodaba, lo miró de nuevo y vio su pierna deforme. Él seguía sonriendo, ella intentó sonreír.

Brigitta caminaba con los ojos abiertos de par

en par y el pañuelo en la nariz, protegiéndose del olor a orín de las paredes y de las mierdas secas por los rincones, del viento que se colaba por las callejuelas, portador de fiebre amarilla, tuberculosis y dolencias tropicales capaces de matar antes de que la ciencia las bautizase. Vio carnicerías frecuentadas por perros, colmados ocupados por gallos y casas de té engalanadas con gatos domésticos. Dejó la calle más ancha para subir por una ladera a la izquierda flanqueada por casas de paredes descoloridas. Había niños jugando en la calle, jaulas de canarios decorando las fachadas. Reinaba un bullicio constante e indescifrable. Venía de una punta de la calle y desaparecía por la otra, se debilitaba por aquí y se hacía más fuerte por allí. Echó un vistazo dentro de las casas, todas parecían la misma. Los cuartos oscuros, el papel de las paredes descascarillándose, muebles toscos, mujeres con vestidos mugrientos inclinadas sobre la costura. El zigzag de las máquinas de coser era el fragor permanente que se mezclaba con el ruido de las cacerolas, las riñas conyugales, el llanto de los niños, un piano tocando a Bach. Brigitta dio media vuelta, se topó de frente con un viejo desdentado que le sonreía a un palmo de la cara. Echó a correr hasta la calle principal, el vocerío de los vendedores la tranquilizó. Se cruzó con repartidores en mangas de camisa, con comerciantes con anillos de oro, con negras hablando en una lengua desconocida, con soldados, barqueros, mendigos, fun-

cionarios de aduanas, vagabundos, videntes, hechiceros, bahianas, gitanas, recaderos, caldereros, estibadores, marineros.

Las imágenes, los colores, eran como un cuadro en movimiento, pensó Brigitta. Y mientras ella recorría la ciudad, los habitantes de Río de Janeiro pensaban lo mismo: que una mujer tan blanca y sola solo podía haber salido de un cuadro.

Brigitta tomó la costumbre de pasear todos los días. Salía de la habitación después de la clase de portugués, atravesaba la plaza, elegía una de las calles y la recorría hasta el final. Volvía a la plaza, elegía otra calle, la recorría hasta el final. Adquirió confianza y amplió sus dominios, giraba a derecha y a izquierda rodeando parques y plazas. El blanco de sus brazos se volvió rojo, el rojo se transformó en carne viva y la carne viva se volvió rosa, el nuevo color de piel de Brigitta.

En algún momento, la extranjera y los cariocas dejaron de considerarse exóticos para formar parte del mismo escenario. Cada día circulaban todos por la ciudad con el vaivén de sus quehaceres y sus silencios de sacristía, con sus aromas a bocados exquisitos y sus olores menos apetitosos, los niños jugaban como si el tiempo no existiese y aquella joven rubia sonreía al negro de la pierna deforme. Apretaba el paso, esquivaba las pieles de las frutas y los montículos marrones cuyo origen era mejor ignorar. Pasaba sin mirar por las callejuelas de donde emanaban enfermedades, saludaba a los hom-

bres con chaqué y a las mujeres con sombrillas. O arrastraba al marido a cenar al Café Lamas y juntos probaban el caldo verde, la calderada de raya y los callos a la manera de Oporto. Salían ahítos y caminaban hasta el hotel, escuchando de lejos los acordes de un birimbao que marcaban la cadencia de la *capoeira*, intentando descifrar las conversaciones que salían por las ventanas abiertas de las casas y acostumbrándose a la profusión de animales nocturnos. Lagartijas por las paredes, mariposas en las farolas, sapos y luciérnagas adentrándose por callejones oscuros.

Brigitta seguía sin salir de su asombro. Hacía muecas cuando veía las tripas para hacer callos llenas de moscas en los puestos callejeros, tripas que no tardarían en ser compradas. ¡En ser compradas! O se pasmaba con los tenderetes de la ciudad, donde se servía en vasos inmundos, donde el pan recién salido del horno se vendía duro y donde las sardinas estaban semipodridas. Miraba asqueada el suelo pegajoso de las tabernas con una gruesa capa de escupitajos. O el trapo mugriento del camarero portugués que también le servía para sonarse la nariz, limpiar el cristal del mostrador, enjugarse el sudor de la frente y secar los platos. Brigitta volvía la cara, se topaba con un hombre orinando en la pared. Volvía la cara, se topaba con una joven mendigando algo para cenar. Volvía la cara, se topaba con un perro sin rabo, volvía la cara, volvía la cara, volvía la cara.

También le sorprendía la frecuencia con la que los cortejos fúnebres atravesaban la plaza del hotel. Uno, dos, tres al día, ¡cuánto se muere en esta tierra! ¡Y cuántos ataúdes pequeños! «Un angelito más que se ha ido al cielo», comentaba alguien por la calle. A Brigitta le entraba un tembleque, cerraba la ventana y se sentaba llevándose la mano al pecho y con ganas de llorar por el hijo que no era suyo. Hasta que escuchaba los acordes de las serenatas de los músicos callejeros que pasaban todas las noches por la calle lateral. Qué canción tan bonita, pensaba, levantándose para bailar y olvidándose de todo lo demás, decidiendo si se pondría el vestido verde o azul, si cenarían en el hotel o si saldrían a pasear por la plaza, y convirtiéndose, con cada quiebro, en un poco menos extranjera.